

ARMONÍA CON LA TIERRA

D. II de Adviento (A) Lc.1,26-38. 8 de diciembre de 2019

La tierra no está maldita, tan solo la serpiente, que inocular en el seno de esa tierra su veneno de mal. El hombre y la mujer dejan de ser los huéspedes de Dios en el jardín (Lev 25,23) y se hacen sus dueños. Todo se pervierte. La tierra deja de ser el ámbito del compartir y de la convivencia, y nace el afán de posesión de la

tierra. El destino universal de los bienes deja de serlo cuando el derecho a la propiedad se convierte en absoluto.

Pero Dios es “tozudo” y no permitirá que mal campe por sus respetos: la serpiente herirá el talón de la humanidad, pero la humanidad le herirá en la cabeza (Gén 3,15) y luchará hasta recuperar la armonía universal de la tierra (Is 65,17-25).

El “sí” de María y su ser “inmaculado” es el inicio de la nueva creación de la armonía de la tierra. Abramos bien los ojos: hoy en día ha crecido en todo el mundo la sensibilidad ecológica que intenta amar la tierra como nuestro primer bien natural. Esta nueva sensibilidad, presente en organizaciones, partidos políticos, movimientos juveniles y no tan juveniles, etc., es ese amanecer que se insinúa en nuestro horizonte.

